



El relativismo de nuestro siglo *y el papel de la Universidad*

Cristian Nazer Astorga
Presidente Consejo Superior

I. De la certeza a las incertidumbres

"Una de las mayores paradojas de nuestro tiempo es que el hombre, que ha iniciado el período que llamamos la "modernidad" con una segura afirmación de la propia "madurez" y "autonomía", se aproxima al final del siglo veinte con miedo de sí mismo, asustado por lo que él mismo es capaz de hacer, asustado ante el futuro". Con estas palabras el Papa Juan Pablo II cerraba el discurso que dirigió en 1995 a la Asamblea General de las Naciones Unidas en Nueva York. Y sin duda éste puede ser un buen punto de partida para afrontar el tema que nos ocupa: el papel del relativismo en las incertidumbres que enfrentamos en la primera década del siglo XXI y, visto esto, cuál debiera ser la respuesta que, como universidad, debemos dar ante estas circunstancias.

Un cambio de siglo, y más aún un cambio de milenio, es de por sí una circunstancia que nos pone frente a un panorama novedoso y desconocido, ¿qué será del hombre en los próximos cien años, y en los próximos mil? Estamos en un momento de la historia en que como nunca el hombre conoce la naturaleza –el

mundo que le rodea y ese otro que se desarrolla dentro de él–; lo cual debería constituirse en un factor de seguridad, pero muy por el contrario vemos al hombre enfrentado a un futuro inseguro, incierto. Y es que al tiempo que hemos ganado en conocimiento de causas y consecuencias de la externalidad, hemos perdido en convicciones respecto a las causas y consecuencias de los actos que nacen del interior mismo del hombre. Hoy conocemos más del cómo funcionan las cosas, pero dudamos frecuentemente del por qué deben funcionar de ese modo. El hombre parecería que se encuentra, después de largas fatigas y sacrificios, con la respuesta a sus interrogantes, pero al mismo tiempo ha olvidado por qué se había planteado dichas preguntas. Como un moderno Ícaro se ha elevado para alcanzar el sol, olvidando que sus alas son de cera.

Y en esta tragedia, podemos vislumbrar cómo la que podríamos considerar la mayor conquista del hombre del siglo XX se transforma en su mayor miedo. El hombre tuvo que vivir muchos y muy duros sufrimientos para descubrir que era libre y que así como él lo era, también lo eran cada uno de sus hermanos. Hoy el

hombre no sólo es, sino que se sabe libre. Y esa libertad le permite ser dueño de su propia vida, y ha sido tanta la fascinación del hombre por su libertad que la ha elevado al punto de ser su único referente, el patrón por el que se miden todas las cosas, al extremo de que la realidad ya no es el contexto en el que me encuentro, el hábitat donde se desarrolla mi ser, sino yo mismo y nada más.

Al ponerse como punto de referencia de la realidad el hombre se encuentra en la situación de aquel personaje de la mitología griega, quien cuando sus alas ya no le sostienen, comienza a caer, pero, estando convencido de que nada hay fuera de él que sea real, para evitar la caída, no se le ocurre nada más que aferrarse a sí mismo, con las consecuencias predecibles. Es aquí donde es atinado afirmar con fuerza que ante las incertidumbres del futuro nada más certero que la verdad misma, y es que cuando borramos de nuestro horizonte la verdad, porque nos incomoda, porque no se ajusta a nuestros gustos y caprichos, entonces no nos queda más que aferrarnos a nosotros mismos, encerrarnos en nuestro "yo" y la caída es inevitable.

Juan Pablo II plantea el problema en las postrimerías del siglo XX y su sucesor, Benedicto XVI, cuando aún era el cardenal Joseph Ratzinger, hace más explícito el meollo del asunto al dirigirse a los cardenales electores en la misa previa al Cónclave y analizar el momento histórico en que se encuentra la Iglesia y el mundo en los umbrales del tercer milenio cristiano. En su análisis el cardenal Ratzinger usa una expresión que sorprende al mundo atreviéndose a plantear, con la libertad de los que caminan en la verdad, la presencia en este siglo de una "dictadura del relativismo"².

Esta aseveración causa sorpresa, primero porque la humanidad había combatido muchas formas de dictadura en el siglo XX y se sentía, justamente, como triunfadora; y ahora esa terrible palabra volvía a aparecer, y ya no referida a un régimen político o a un gobierno en alguna parte del mundo, sino al hombre mismo, a la sociedad entera. Sorpresa, en segundo lugar, porque a primera vista unir estos dos términos, "dictadura" y "relativismo", aparece como contradictorio, como un verdadero atentado a la lógica; ya que, ¿cómo podría ser

contrario a la libertad lo que se esgrime como el mayor ejercicio de ella misma: el ser yo mismo, "libremente", el determinante de la realidad?

El siglo XX es, sin duda, el tiempo de las grandes libertades, de la toma de conciencia del hombre como ser libre y de la defensa de este tesoro que hace al hombre verdaderamente hombre; el culmen del ejercicio de sus facultades superiores, aquellas que lo hacen totalmente otro respecto a cualquier ser vivo. Pero cuando esta libertad se apodera de la exclusividad del juicio sobre la realidad y hace a un lado a la realidad misma, lejos de hacerse más lo que es, es decir, un factor de autoafirmación de la persona, se pierde, y uso otra palabra incómoda, en la esclavitud de la subjetividad. Y es que la libertad del ser no va por el camino del alejamiento de la realidad, de la verdad, si no precisamente en el sentido contrario. Aquella sentencia de Cristo "*la verdad os hará libres*" comienza a tomar significado cuando contemplamos las consecuencias de una libertad que no es más que voluntarismo, desarraigada de la realidad.

Sabemos que la libertad es el ejercicio armónico de las facultades espirituales del hombre: inteligencia y voluntad; la una que descubre la verdad y la otra que opta por ella. Cuando la voluntad se desentiende de la inteligencia, la libertad queda reducida a la sola afirmación de ser capaz de decidir, ¿pero decidir qué o sobre qué? La libertad vacía de contenido se autodestruye.

Cierto es que en la socorrida afirmación "*todo es relativo*", con la cual se quiere justificar cualquier tipo acción, debemos reconocer algo de verdad³. Hemos de considerar que la dificultad radica en cómo la entendemos. Tomada en su sentido de que lo relativo es aquello que está en relación a otra cosa, no podríamos negar que las cosas son relativas, ya que se encuentran necesariamente en relación a otras; así lo que está lejos lo consideramos tal en cuanto hay objetos cercanos, lo que es largo respecto a lo que consideramos que es una longitud normal y de ese modo podríamos mencionar muchos ejemplos. Con todo, esto no significa de manera alguna que el relativismo sea una

visión correcta de realidad, ya que el sentido que esta palabra tiene en el campo del obrar humano, y en las circunstancias del siglo XXI, es el que precisamente el cardenal Ratzinger formula en el discurso antes citado: *"dejarse «llevar a la deriva por cualquier viento de doctrina»"*⁴, constituyendo así la mencionada dictadura del relativismo *"que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y sus antojos"*⁵.

El problema está en que el relativismo al que Benedicto XVI alude y del cual hablamos ahora, no es aquel que afirma que las cosas están "en relación a" (lo cual sería ilógico negar), sino más bien una forma de pensar que pretende hacer relativo el mismo marco de referencia (relativizándolo al hombre que emite el juicio, y ya no al hombre en cuanto tal –lo que podríamos llamar, la humanidad–, sino a este hombre particular). Es decir, lo bueno ya no es aquel acto que se adecúa a la realidad del hombre, a su naturaleza, y por tanto que es, en relación a lo que debe ser el hombre, un acto correspondiente y por tanto denominado bueno; sino que el acto bueno es el que se adecúa a un parámetro siempre cambiante, ya que dicho parámetro es a su vez relativo a cada hombre en particular.

Me detengo en estas dos posibles acepciones de lo relativo, porque me ayudan a introducir una imagen que me gusta mucho, y que espero sirva para ilustrar con sencillez y claridad lo que sucede en el campo moral cuando el punto de referencia de nuestras acciones está a merced de la propia determinación y por tanto, podríamos decir que es móvil (un acto que para mí es bueno, para ti es malo, y viceversa). Quienes han tenido la experiencia de estar en alta mar en una embarcación pequeña saben que es muy fácil marearse, ya que el constante subir y bajar de las olas trastorna nuestros sentidos del equilibrio; y los marineros suelen aconsejar a los principiantes que para evitar el mareo fijen su mirada en el horizonte; ya que esa línea no se mueve; teniendo entonces un punto fijo donde nuestros ojos se concentran, nuestro sistema nervioso puede compensar el desequilibrio que nace en el oído interno y el mareo pasa. Lo mismo sucede con nuestros actos libres. Si al realizarlos no tenemos un referente fijo nos "mareamos";

y es frecuente ver a nuestro alrededor muchas personas mareadas, incómodas hasta la angustia por el desarrollo de sus vidas, y muy frecuentemente culpando a factores externos por sus desgracias, cuando tienen la solución tan a la mano como fijar la vista en el horizonte.

La ley natural, esa controvertida realidad –que es tal no por lo difícil que sea entender su existencia, sino por lo incómoda que resulta para permitirme hacer cuanto me parezca–; es precisamente el horizonte moral, que no se mueve y que permite que relativicemos nuestros actos y concluyamos si es de un tipo o de otro: bueno, malo, indiferente.

Siguiendo con el ejemplo de la navegación en alta mar, el relativismo es el tratar de convencernos que no hay un horizonte único, sino que cada ola, cada onda en la superficie del mar, es de por sí un horizonte; entre los cuales yo debo elegir cuál me acomoda más y, según esta decisión, comportarme. Pero, ¿qué pasa con las olas?, así como nacen mueren, y entonces más temprano que tarde me encuentro con que "mi horizonte" ya no está y entonces debo fijarme en otro, al cual le pasará lo mismo, y entonces estamos en el pródromo del mareo: la vista salta de ola en ola y nuestro cuerpo desfallece ante la multitud de puntos de referencia, así como nuestro espíritu desfallece ante la multitud de contingencias. Hay que tener la fuerza para levantar la mirada más allá de las olas que hoy son y mañana ya no, para fijar nuestra vista en el horizonte que siempre es.

Del entendimiento de esta forma de ver la realidad se comprende que en cualquier tema puesto a discusión el criterio que prime sea el de la opinión, ya que el parámetro de medida de la verdad soy yo mismo, expresado en "mi" opinión. A este respecto Juan Pablo II, en su Encíclica *Fides et Ratio*, menciona lo siguiente: *"La legítima pluralidad de posiciones ha dado paso a un pluralismo indiferenciado, basado en el convencimiento de que todas las posiciones son igualmente válidas. Este es uno de los síntomas más difundidos de la desconfianza en la verdad que es posible encontrar en el contexto actual."*⁶ Desconfianza en la verdad y preeminencia de la opinión pudiesen ser dos características que definen muy bien el tiempo moderno.

II. Opinión y verdad

Vale la pena profundizar un poco en el tema de la opinión por el papel que ha adquirido tanto en el debate epistemológico como ético. La opinión, entendida como la expresión de ser partidarios de una alternativa incierta, y por tanto, como una inferencia probable, es un muy buen punto de arranque del conocimiento. El problema se plantea, cuando, habiendo negado la "capacidad de verdad del hombre", el dinamismo cognoscitivo no pasa más allá de este primer movimiento de la razón. Las verdades se reducen entonces a meras opiniones, o en otras palabras, la certeza deja paso al imperio de las incertidumbres.

La verdad no depende de quien la sostiene, puesto que no nace de él; su difusor ha sido un simple descubridor de algo que se encontraba allí antes de ser conocido. La mera opinión en cambio, sí depende –y mucho– de quien la afirma, puesto que no es más que una hipótesis probable nacida en quien la dice, en quien "tiene una opinión".

Por lo mismo, la verdad se extiende libremente, en tanto la mera opinión, desprovista de algo que la haga aceptable a todo intelecto, por su condición de aún no haber sido demostrada, no puede expandirse sino a través de la persuasión y de la imposición. En el debate propio de la construcción del conocimiento, la verdad se verifica, mientras que la mera opinión no puede sino adornarse para lograr hacerla suficientemente atractiva para captar la atención de los otros. Nuestra razón necesita de razones para aceptar la verdad, razones que la opinión, mientras siga siéndola, aún no tiene; por lo que no puede ser aceptada sin más; no queda entonces otra alternativa que lograr que sea la voluntad la que se incline a ella aunque la razón aún no esté convencida. Volvemos una vez más al tema del voluntarismo, las cosas son lo que quiero que sean, independientemente de que tengan un ser propio y que en nada dependen de mi querer para seguir siendo lo que son.

Nadie puede negar que encontrar la verdad requiere de un esfuerzo ingente que muchas veces queda incluso estéril, por lo menos mientras no se den las condiciones

suficientes para penetrar en la compleja simplicidad de la verdad; pero eso, lejos de ser motivo de frustración, es por el contrario un impulso siempre nuevo, como montañistas que ante una pared difícil no se desaniman sino que cobran nuevas fuerzas para emprender la escalada. Distinto es el recorrido de los que optan por el camino de la opinión; entendida en este contexto, en esta senda no hay nada que demostrar, ya doy por hecho que aquello que afirmo es real y por tanto, mi esfuerzo se dirige no a subir la montaña, sino más bien a encontrar y justificar de múltiples formas por qué ha sido mejor tomar la opción de no escalar. En otras palabras, aquellos que siguen la verdad estudian la dificultad; los que siguen la mera opinión esconden las consecuencias.

Este diferente modo de manejarse la verdad y la opinión, lleva incluso a dos actitudes diversas frente a quien nos comparte una verdad y quien nos trata de convencer de una opinión. Ante aquel que nos acerca a la verdad lo primero que surge es el esfuerzo del convencimiento, para dar paso luego hacia dicha persona un movimiento de gratitud por compartírnos lo que él ya ha encontrado y que nosotros, con tanta fatiga, buscamos. En cambio, ante quien nos logra convencer de su opinión, llegando a aceptarla como verdad, cuando a la larga descubrimos que no era más que eso, opinión, lejos se surgir en nuestro interior el agradecimiento, lo que se desarrolla es resentimiento y, dado el caso, incluso podríamos llegar a sentir humillación al sentirnos traicionados por aquel en quien confiamos esperando saciara nuestra sed de verdad, no recibiendo de él más que un sustituto que muy pronto deja de hacer su efecto. Aunque aparentemente similares, los caminos de la verdad y de la opinión son diametralmente opuestos, porque conducen a diferentes metas, aun cuando lleguemos a sentir que el "paisaje" es el mismo.

Después de haber hecho este breve recorrido teórico se puede entender mejor que la verdad no puede ser un simple acuerdo de las mayorías. La certeza compartida es distinta del consenso y del acuerdo. El que muchos lleguen a descubrir la verdad, ayudándose unos a otros en ese arduo proceso, no implica que ellos han "creado" la verdad. Una cosa es ser el artífice de la realidad y

otra muy distinta es descubrirla. Por ello, no basta con que todos tengamos la misma opinión para aceptar que eso definido por todos es ya una verdad; puede ser un parámetro mínimo de convivencia social, pero no más que eso. Ejemplos hay muchos en la historia de la humanidad; por eso, es hoy más necesario que nunca, enfrentados a una sociedad que prefiere el camino fácil de la opinión, dar testimonio de la solidez de la verdad.

El gran peligro de alejarnos de la verdad para quedarnos anclados a la mera opinión es que esta postura intelectual tiene inmediatamente repercusiones éticas profundas, como bien señala Juan Pablo II en la Encíclica *Veritatis Splendor*:

"En algunas corrientes del pensamiento moderno se ha llegado a exaltar la libertad hasta el extremo de considerarla como un absoluto, que sería la fuente de los valores. En esta dirección se orientan las doctrinas que desconocen el sentido de lo trascendente o las que son explícitamente ateas. Se han atribuido a la conciencia individual las prerrogativas de una instancia suprema del juicio moral, que decide categórica e infaliblemente sobre el bien y el mal. Al presupuesto de que se debe seguir la propia conciencia se ha añadido indebidamente la afirmación de que el juicio moral es verdadero por el hecho mismo de que proviene de la conciencia. Pero, de este modo, ha desaparecido la necesaria exigencia de verdad en aras de un criterio de sinceridad, de autenticidad, de «acuerdo con uno mismo», de tal forma que se ha llegado a una concepción radicalmente subjetivista del juicio moral.

Como se puede comprender inmediatamente, no es ajena a esta evolución la crisis en torno a la verdad. Abandonada la idea de una verdad universal sobre el bien, que la razón humana puede conocer, ha cambiado también inevitablemente la concepción misma de la conciencia: a ésta ya no se la considera en su realidad originaria, o sea, como acto de la inteligencia de la persona, que debe aplicar el conocimiento universal del bien en una determinada situación y expresar así un juicio sobre la conducta recta que hay que elegir aquí y ahora;

El problema está en que el relativismo al que Benedicto XVI alude y del cual hablamos ahora, no es aquel que afirma que las cosas están "en relación a" (lo cual sería ilógico negar), sino más bien una forma de pensar que pretende hacer relativo el mismo marco de referencia.

sino que más bien se está orientado a conceder a la conciencia del individuo el privilegio de fijar, de modo autónomo, los criterios del bien y del mal, y actuar en consecuencia. Esta visión coincide con una ética individualista, para la cual cada uno se encuentra ante su verdad, diversa de la verdad de los demás. El individualismo, llevado a sus extremas consecuencias, desemboca en la negación de la idea misma de naturaleza humana.

*Estas diferentes concepciones están en la base de las corrientes de pensamiento que sostienen la antinomia entre ley moral y conciencia, entre naturaleza y libertad."*⁷

III. Buscadores de la verdad

Ante el panorama de incertidumbre epistemológica y ética que se presenta al hombre del siglo XXI conviene contraponer la certeza que proviene del que camina en la verdad. Y es en este punto donde la Universidad, sobre todo aquella que sigue siendo fiel a sus principios fundantes, tiene mucho que decir.

Qué es la universidad sino una institución nacida del afán de hombres y mujeres que se esfuerzan en develar el rostro de la verdad. La universidad es una comunidad de buscadores de la verdad⁸. En la universidad, depositaria de una centenaria tradición de buscadores de la verdad, ésta se entiende como el acercamiento intelectual a la cosa misma y no como la construcción racionalista de un concepto determinado; conocer la verdad es

conocer la realidad de las cosas, un saber es verdadero si responde a la realidad; y la realidad no como uno quiera pensar que sea, sino como es.

Desde el escepticismo, y sus derivados, no es posible construir universidad. Ante un siglo lleno de incertidumbres, hay que buscar certezas, y por ello el rol de la universidad es verdaderamente trascendente. Vale la pena traer aquí un párrafo del cardenal Paul Poupard acerca del papel de las universidades en este inicio del tercer milenio:

*"La Universidad no debe perder su vocación originaria por adaptarse a las exigencias del mercado y quedarse reducida a una mera escuela profesional de alto nivel. ¿Qué clase de Universidad sería aquella que ignora al hombre como objeto de estudio, aquella que, por aumentar su rendimiento con vistas a satisfacer la demanda de puestos de trabajo en el mercado, elimina como superfluas las grandes cuestiones de la existencia humana: Dios, el sentido de la vida, la muerte, la justicia, la paz,... tal y como se nos presentan en la literatura, la historia, la reflexión ética y la búsqueda del fundamento de las cosas? ¿Qué médicos, informáticos, fisioterapeutas, periodistas, ingenieros, publicistas serían aquellos que supieran cómo funcionan las cosas, pero no para qué? ¿De qué sirve construir puentes, proyectar complejos industriales, diseñar sofisticados programas informáticos o conocer las más avanzadas técnicas de cultivo celular; si no sabemos para qué los queremos? Una sociedad que olvida los fines y se vuelca en los medios, corre el riesgo de convertirse en alguna de las peores pesadillas diseñadas por la novela de anticipación: un mundo hiperespecializado en el que se ha perdido de vista el horizonte del sentido último de la existencia."*⁹

La universidad no puede ni debe renunciar a su vocación originaria, y ante el imperio de la opinión debe hacer resplandecer la luz de la verdad. Verdad que no es una verdad abstracta, meramente teórica en un sentido negativo, intelectualista, sino una verdad concreta y clara. Si el mal de una mirada superficial sobre el hombre es superado por el bien de una mirada profunda

y leal, nos damos cuenta de que buscar una verdad que conduce al hombre pleno es dejar que salgan de dentro unas preguntas muy concretas. Preguntas que van más allá del saber cómo funcionan las cosas para enraizarse en el sentido mismo de la vida. *"Y he aquí cómo se enlazan la verdad en la vida y la vida en la verdad, y es que aquellos que no se atreven a buscar la vida de las que dicen profesar como verdades, jamás viven con verdad en la vida"*.¹⁰

Es a esta comunidad de buscadores de la verdad a los que les corresponde buscar las respuestas últimas de las cosas y el bien que se sigue de vivirlas. Vencer el mal de eludirlas con el bien de afrontarlas, es una auténtica ética de la búsqueda de la verdad para la universidad. Y como se ve, la búsqueda de la verdad, profesional, científica o técnica, sólo alcanza su dimensión de plenitud en la medida en la que está abierta a la verdad sobre el sentido.

Una universidad sólidamente definida en torno a una concepción antropológica que constata que el deseo de verdad pertenece a la naturaleza misma del hombre, y por tanto, está inscrito en su esencia; es un bien que supera el mal de una supuesta neutralidad antropológica, según la cual, la vida universitaria se plantea como si el hombre sólo estuviera hecho para trabajar, y no para amar y realizarse trascendiéndose a sí mismo. Eso sería una universidad preocupada sólo por colocar en el mundo profesional a sus egresados, pero no una universidad que reconozca que el hombre es por naturaleza buscador, un proyecto incompleto llamado a realizarse a través de esa búsqueda. El hombre es cabeza y corazón, inteligencia y voluntad, afectos, decisiones, y un entorno vital. El hombre buscador, compleja mezcla de todos esos elementos, tiene un motor: su libertad. Si no se entiende al hombre en su integralidad, difícilmente la universidad cumplirá con su misión.

Es entonces cuando la universidad realiza en plenitud su vocación, porque no sólo ofrece a sus alumnos una preparación técnica y científica, sino que les abre a los amplios horizontes de la verdad del hombre. Es entonces cuando el saber se transforma en sabiduría, cuando es posible pasar del *fenómeno* al *fundamento*¹¹.

La visión integral y en profundidad del hombre; de todo hombre y de todo el hombre; es la única respuesta segura ante la avalancha de incertidumbres que nos presenta el nuevo siglo. Respuesta que no nos es ajena a quienes sentimos la pasión de ser buscadores de la

verdad. Los universitarios tenemos el gran privilegio, y la gran responsabilidad, de enseñar, como experimentados marineros, a aquellos que se inician en las artes de la navegación a ir más allá de las contingentes olas del *hacer* para conquistar el verdadero horizonte del *ser*.



1. Juan Pablo II, Discurso a las Naciones Unidas, 5 de octubre de 1995, n.16.
2. La cita textual es la siguiente: "Mientras que el relativismo, es decir, dejarse «llevar a la deriva por cualquier viento de doctrina», parece ser la única actitud adecuada en los tiempos actuales. Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y sus antojos" (Ratzinger, J. Homilía de la Misa Pro Eligendo Pontífice, 18 de abril de 2005).
3. Si bien es cierto que en su sentido estricto esta afirmación carece de toda lógica, ya que lleva la contradicción en sí misma: si todo es relativo, esta afirmación también lo es, y por tanto, también es relativo que todo es relativo. Lo mismo sucede con otra afirmación famosa "la verdad no existe", si es cierto esto, al afirmar que la verdad no existe, al menos estoy diciendo una verdad, y por tanto la frase pierde todo su significado.
4. Ratzinger, J. Homilía de la Misa Pro Eligendo Pontífice, 18 de abril de 2005.
5. Ibid.
6. Juan Pablo II, Encíclica *Fides et Ratio*, 5; y continúa: "En esta perspectiva, todo se reduce a opinión. Se tiene la impresión de que se trata de un movimiento ondulante: mientras por una parte la reflexión filosófica ha logrado situarse en el camino que la hace cada vez más cercana a la existencia humana y a su modo de expresarse, por otra tiende a hacer consideraciones existenciales, hermenéuticas o lingüísticas que prescinden de la cuestión radical sobre la verdad de la vida personal, del ser y de Dios. En consecuencia, han surgido en el hombre contemporáneo, y no sólo entre algunos filósofos, actitudes de difusa desconfianza respecto de los grandes recursos cognoscitivos del ser humano. Con falsa modestia, se conforman con verdades parciales y provisionales, sin intentar hacer preguntas radicales sobre el sentido y el fundamento último de la vida humana, personal y social. Ha decaído, en definitiva, la esperanza de poder recibir de la filosofía respuestas definitivas a tales preguntas".
7. Juan Pablo II, *Veritatis Splendor*, 32.
8. Al respecto, es conveniente recordar lo que la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* de Juan Pablo II (1980), menciona en su número 4, cuando define lo que es una universidad: "Por su vocación, la *Universitas magistrorum et scholarium* se consagra a la investigación, a la enseñanza y a la formación de los estudiantes, libremente reunidos con sus maestros animados todos por el mismo amor del saber. Ella comparece con todas las demás Universidades aquel *gaudium de veritate*, esto es, el gozo de buscar la verdad, de descubrirla y de comunicarla en todos los campos del conocimiento."
9. Poupard, P. (2001). *Inteligencia y afecto. Notas para una paideia cristiana*. Murcia: UCAM.
10. Unamuno, M. (1910). *Mi religión y otros ensayos*. Madrid: Prieto y Cía Editores.
11. Cf. Juan Pablo II, *Fides et ratio*, 83.